



Los colores de una vida

He tenido una buena vida... y, por curioso que resulte, hay solo cuatro colores que pueden resumirla por completo: el azul de una infancia nostálgica y sin muchas emociones, el rojo de una adolescencia

problemática, furiosa y con cierto descontrol, el rosado de los primeros momentos que viví junto a ella y el amarillo que resplandeció todas mis mañanas cuando empezamos a vivir juntos.

Por supuesto que hubo matices entremedio, como el color de sus ojos, tan enigmáticos como hermosos. Hasta el día de hoy puedo asegurar que cambiaban según su estado de ánimo, un miel precioso cuando un rayo de luz reflejaba su alegría, un verde esmeralda para esos días grises en que solo había tristeza y también esos tonos rojizos que se mostraban solo en los momentos más tensos de nuestra relación.

Creía que ya conocía todos los colores, pero no. Tuve que vivir 82 años para descubrir que en su mirar había un color más. Solo después de despertar una mañana y notar que en sus ojos ya no se reflejaba ningún ápice de luz ni tenían algún rastro de su propio brillo pude conocer un nuevo color: el color de la muerte.

Y mis mañanas pasaron del amarillo al negro absoluto, ese era el color de un hombre al que no le queda nada más por qué vivir.